Los antecedentes del partido liberal debian responder del porvenir. Gastar el Imperio por la inaccion, tal parece que fué su programa secreto, ó las consecuencias fatales de su entrada en el gobierno. La predileccion del Emperador hácia los liberales, debia enajenarle las simpatías y privarle del apoyo de los intervencionistas, cuyo partido estaba compuesto de los que temian la vuelta de la República y de todos los conservadores descontentos del rumbo que habia tomado la política imperial.

Antes de la llegada del Emperador á Méjico, existia ya el partido puramente intervencionista. A la llegada del Emperador, todas las fracciones del partido conservador, y hasta muchos de los liberales, se unieron para felicitar al soberano de quien esperaban la regeneracion del país. El cansancio era tan grande y de tal modo se sentia la necesidad de paz y de reposo, que la empresa parecía fácil. La cuestion de los registros civiles y la de regularizacion de los títulos de propiedades de manos muertas vendidas bajo Juarez, fueron aceptadas en principio, aun por la parte inteligente del partido clerical. Tales medidas no estaban conformes con su conciencia, pero ya que el Soberano Pontífice las habia aceptado, no veian inconveniente en aceptarlas tambien, sobre todo por facilitar la concordia.

Los conservadores, que habian preparado el Imperio y dado la corona á Maximiliano, confiaban dirijir, en el ministerio y en los consejos, la política imperial. Asombrados quedaron cuando vieron al príncipe rechazar á sus partidarios, y apoyarse en sus enemigos, al poco tiempo de su llegada; y su asombro se convirtió en enojo al verse eliminados de todo empleo importante, de todo puesto de confianza y verse reemplazados por hombres que, así lo decian, constituian una minoría ínfima, habian dado pruebas de doblez, y cuya administracion debia distinguirse por su deplorable esterilidad. Sucedió por tanto lo que lógicamente debia esperarse; hubo numerosas disensiones en el partido imperialista, y al propio tiempo, volvió á levantar la cabeza el partido intervencionista, es decir, el partidario de la intervencion francesa.

Tenemos á la vista un documento que revela bien claramente el descontento de los conservadores. Es una carta de D. Antonio de Moral, gobernador político del Estado de Michoacan, hombre muchas veces millonario; esta carta, cuya autenticidad fué sin embargo negada por los interesados, pinta en pocas palabras la actitud en que se encontraban los conservadores con respecto al Imperio en el período de que nos ocupamos. Decia lo siguiente:

«La política que V. M. se ha dignado introducir en su gobierno, no ha conseguido el objeto elevado que se proponia V. M. al adoptarla; antes por el contrario, las poblaciones la han acojido con desconfianza, y la revolucion con un desden manifiesto. Una vez estinguido el fuego del entusiasmo, las poblaciones han vuelto á caer en la indiferencia, que no tardará en trasformarse en sentimientos de odio al gobierno. El partido revolucionario, que ha visto reconocidos sus títulos de una manera esplícita por V. M., menosprecia las concesiones, porque no las considera en buena lógica, sino como justas reparaciones; avanza hácia su objeto, sin que nada le detenga y es indudable que triunfará en este departamento.

»Y no porque sea fuerte por las armas; su fuerza consiste en la debilidad del gobierno: este no tiene idea fija; sus disposiciones no concuerdan entre sí; no hay en ellas oportunidad ni unidad de pensamiento; en una palabra, señor, hay desacuerdo entre la inteligencia superior que dirije, la voluntad firme que decide y la mano vigorosa que ejecuta. La consecuencia inevitable de todo esto es el caos, y tal es el estado del departamento de Michoacan.

»Por lo expuesto, señor, vengo á ofrecer por la cuarta vez mi dimision de este gobierno político, sintiendo que sea mi deber, como autoridad y como leal caballero, exponer todo esto á V. M. con entera franqueza.

»Ruego á V. M. que tenga á bien aceptar mi dimision, aunque solo sea por librarme del ridículo, que es la suerte reservada á los funcionarios públicos de este desgraciado departamento.—Antonio de Moral.»

Basta con lo dicho para comprender la série de dificultades que impedian la consolidacion del Imperio en Méjico. Los elementos que concurrieron á su formacion no po-

VISTA GENERAL DE MATAMOROS

Lit. de N. Gonzalez, Madrid.

dian ser más heterogéneos, y Maximiliano no tenia la suficiente energía para darles unidad y cohesion. Ni supo seguir una política firme, constante, avasalladora, que vigorizára la accion de su gobierno y se impusiera á las fracciones rivales que se disputaban el poder. Así se le vió fluctuando entre los partidos, sin decidirse por ninguno, durante su efímero reinado, unas veces halagando á los conservadores, otras á los liberales, para romper al fin con liberales y conservadores; y echarse en brazos del partido clerical que acabó de desprestigiarle y preparó la catástrofe de Querétaro, como tendremos ocasion de demostrar en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO II.

Ataca Escobedo la ciudad de Matamoros y es rechazado.—Juarez vuelve á establecer su gobierno en Chihuahua.—Escision entre Juarez y Ortega.—Toma de Bagdad.—Discurso de Maximiliano.—Es atacada la legacion belga en Rio-Frio, y herido el baron Huard.—Escaramuzas entre las guerrillas juaristas y las tropas imperiales.—Capitulacion de Matamoros.— Continúan los trabajos para la organizacion del Imperio.—Economías que propone Mr. Langlais. —Modificacion ministerial.—El ministerio Lacunza.—Otro manifiesto del general Santana.—Sus intrigas en los Estados-Unidos.—El Congreso de Washington decide apoyar á Juarez.

I.

En todos los países que han pasado por un largo período de convulsiones políticas, las guerras puramente civiles han sido siempre seguidas de otro período de bandolerismo. Así sucedió en Francia despues de las guerras del siglo XV, en Alemania despues de la guerra de 30 años, en Italia en casi todas las épocas, en Grecia en nuestros dias. Méjico siguió fatalmente esta ley histórica; pero si es preciso deplorarlo, no debe causar admiracion ó creer que sea un país escepcionalmente dotado del espíritu del mal. En las luchas civiles, el alma se acostumbra á la dureza, la moral pierde prontamente sus derechos, y la costumbre viene pronto á considerar como ley suprema la ley del más fuerte. La vida de los campos engendra el amor á la ociosidad, y cuando la paz se ha restablecido, no faltan hombres que se niegan á volver á los trabajos honrados y tranquilos, y que habiendo perdido todo sentido moral, no piensan más que en subsistir á espensas de otro. Estos no son más que bandidos que se ponen voluntariamente fuera de la ley, y á quienes la sociedad tiene el derecho y el deber de perseguir sin tregua ni piedad.

Que hubo en Méjico gavillas de bandoleros que saqueaban las haciendas, y robaban las diligencias y viajeros, no puede negarse; pero que lo fuesen todas las partidas más ó ménos numerosas que siguieron recorriendo el país, aun despues de la evacuacion de Chihuahua, como aseguraban los periódicos de Méjico, para disculpar el decreto de 2 de Octubre, sería locura creerlo. Creemos haber dicho ya en otra parte que nunca faltaron las guerrillas en todo el trascurso de la guerra. Si se encontraban un destacamento imperial, le hacian frente; si encontraban una columna más numerosa, la guerrilla se dividia en pelotones, que se dispersaban para volver á reunirse en tiempo y lugar oportuno.

Desbandadas las fuerzas que formaban el mayor contingente de las huestes republicanas, continuaron recorriendo el país pequeñas partidas, que lastimosamente confundian en Méjico con las gavillas de bandoleros. Una partida bastante numerosa, compuesta de 200 ginetes acaudillados por Troncoso, se acercaron á últimos de Agosto, á la plaza de Ixtlahuaca, llegando á incendiar la casa del peaje; pero fueron rechazados por la guarnicion, y tuvieron que unirse despues á los restos de las fuerzas de Pueblita. Formaban estas un total de 300 hombres de infantería, con tres piezas de montaña y 400 ginetes que Riva Palacio habia puesto al mando de Ugalde.

Por las inmediaciones de la ciudad de Tehuacan andaba tambien la hueste de Figueroa, que debia ser bastante crecida, puesto que á mediados de Setiembre consiguió hacerse dueño de la ciudad, que abandonó en seguida despues de apoderarse de los caudales públicos, y haber exijido la cantidad de 100.000 pesos á las personas más acomodadas del vecindario. Casi á las puertas de la capital, entre Veracruz y Córdoba, recorría el país Sotomayor, molestando siempre á los destacamentos imperialistas y atacando sus convoyes. Tenia á sus órdenes 400 ó 500 hombres, y en el mes de Octubre se atrevió á atacar el tren que salia de Paso del Macho, cuyo pueblo era cabeza de línea